

**Ardá Suárez, A. (2026). Teresa Anguera y la conciencia investigadora en el INEF de Galicia.
Cuadernos de Psicología del Deporte, 26(3), I-V**

Teresa Anguera y la conciencia investigadora en el INEF de Galicia

Teresa Anguera and the Spirit of Inquiry at the INEF in Galicia

Teresa Anguera e o espírito de investigación no INEF da Galiza

Ardá Suárez, Antonio¹

¹*Universidad de A Coruña, España*

Hay personas que pasan por nuestra vida y dejan recuerdos. Hay otras que pasan por nuestra vida y la cambian. Teresa fue de estas últimas.

Conocí a Teresa en uno de los cursos del primer programa de doctorado que se realizó en el INEF de Galicia, en el bienio 1993/95. Por entonces nuestro centro todavía estaba adscrito a la Universidad de Santiago de Compostela y las cosas eran muy diferentes a como las conocemos hoy.

Yo, y muchos de mis compañeros de aquella generación —y no me avergüenza reconocerlo— pensábamos que ser profesor universitario era, simplemente, dar clase. La investigación ni nos la imaginábamos. Tampoco era necesario ser doctor para optar a una plaza de profesor, al menos en el INEF de Galicia.

Los programas de doctorado consistían en dos años de cursos y, después, había que hacer una tesis. Y allí apareció Teresa. Recuerdo poco de aquel curso. Sería deshonesto decir lo contrario. Pero recuerdo muy bien aquellas tutorías individualizadas en las que intentábamos presentar nuestras torpes ideas sobre lo que algún día podría llegar a ser nuestra tesis doctoral. Y así fue como empecé a conocer a María Teresa. A veces me pregunto qué pensaría de aquellas primeras ideas mías. Aquella idea de investigar sobre fútbol 7, ese fútbol que juegan los niños en edades tempranas.

Hay que entender lo que yo era entonces. Creo que no había leído un solo artículo científico durante los cinco años de la carrera. Y poco después tuve la osadía de presentarme a una plaza de profesor de fútbol. Como en aquella época no se presentaba demasiada gente —éramos dos—, me la dieron a mí. Siempre he pensado que quizá fue porque todavía jugaba al fútbol. El otro candidato era remero.

Así empezó todo. Cuando terminé los cursos de doctorado, había que hacer la tesis. Y, al menos en eso, no procrastiné. Le pedí ayuda a un compañero, Francisco Camiña, que ya era doctor. Paco aceptó ser director de mi trabajo porque éramos —y seguimos siendo— buenos amigos, aunque Paco solo había visto un balón de fútbol en la televisión. Pero aquella decisión suya iba a ser fundamental. Una tarde nos fuimos a Santiago a conocer a otro amigo suyo, Tino Arce, profesor de la Facultad de Psicología. Le expliqué lo que quería hacer. Tino me dijo que él no podía ayudarme, pero que conocía a la persona adecuada para dirigir mi trabajo. Teresa Anguera. Desde su despacho levantó el teléfono. Creo que todavía eran tiempos en los que pocas personas tenían móvil. Al otro lado contestó Teresa. Y Teresa dijo que sí. Ese sí cambió mi vida. Poco después tuve que viajar a Barcelona para presentarle mis ideas. Y también eso tiene su historia. A los quince años me había ido de mi aldea a A Coruña para jugar en las categorías inferiores del Deportivo, pero yo venía de un lugar de unas pocas casas y nunca había subido a un avión. Así que el primer avión al que me subí en mi vida fue para ir a Barcelona a ver a Teresa. Me costó

Ardá Suárez

llegar hasta su despacho. Pero llegué. Y allí volví a encontrarme con ella. Y desde entonces, de una manera u otra, nunca volví a separarme de Teresa.

Teresa empezaba a dirigir trabajos relacionados con el deporte y la educación física. Creo que una de las primeras tesis que dirigió en este ámbito fue la de Marta Castañer, en 1993. Mi propuesta suponía continuar por aquel camino. Yo llegué con mi idea de analizar el fútbol 7 y Teresa me propuso hacer un análisis secuencial de retardos. De verdad: yo no había oído aquello en mi vida. Pero Teresa tenía una capacidad extraordinaria para conseguir que aquello que parecía imposible acabara pareciendo posible. Teresa te animaba. Te convencía. Te acompañaba. Y cuando Teresa confiaba en ti, tú acababas confiando también en ti mismo. No podías desaprovechar aquella oportunidad. En su despacho conocí también a Ángel y a José Luis. Grandes amigos de Teresa que terminaron siendo también grandes amigos míos. Hoy quiero hablar de Teresa, pero no puedo hacerlo sin recordar lo que ambos supusieron para mí.

Después de muchos viajes a Barcelona llegó el día de defender la tesis. Era el comienzo del curso de 1998. El salón de actos del INEF estaba lleno, no había prácticamente un sitio libre. No creo que fuera por el interés que despertaba mi trabajo. Creo que era la expectación ante las primeras tesis que se defendían en nuestro centro. Teresa estaba allí.

Su intervención como directora dejó el acto prácticamente cerrado antes de que comenzaran las intervenciones de los cinco miembros del tribunal. El más exigente, no puedo olvidarlo, fue Mendo. Pero Teresa seguía cerca. Y, como siempre, su presencia me daba tranquilidad. Desde el día de la defensa de mi tesis, siempre. De una forma u otra ha estado a mi lado.

Aquel día ocurrió también una escena que explica perfectamente nuestra pobre —por no decir inexistente— vocación investigadora. El presidente del tribunal, Jorge Teijeiro, director del Departamento de Medicina, después de la felicitación de rigor, me animó a publicar el trabajo y a continuar investigando. Yo no entendía nada. Pensaba que había terminado. Y resultaba que tenía que empezar. Teresa me enseñó precisamente eso. Me inculcó a mí, y a tantos de nosotros durante sus visitas al INEF, la conciencia investigadora. Nos hizo entender que ser profesor universitario no era solamente impartir docencia. Era también hacerse preguntas. Observar. Investigar. Compartir. Seguir aprendiendo.

Mi primera publicación, en *Psicothema*, la hice con ella. Y aquella publicación fue mucho más que un artículo. Fue otra puerta que Teresa abrió. En el año 2000 llegó otra llamada de Teresa. Me proponía incorporarme a su grupo de investigación. Recuerdo perfectamente la alegría. En aquella primera reunión, presidida por Teresa, estaban Antonio, José Luis, Ángel, Marta y Oleguer. En un momento determinado alguien habló de los sexenios de investigación. Yo, que por entonces era muy tímido, no dije nada. Otra vez no sabía de qué estaban hablando. Con Teresa llegó también el primero.

Teresa vino muchas veces a Galicia. Recibió un caluroso homenaje sorpresa. Recibió la máxima distinción de nuestro centro, ya convertido en Facultad. Y, entre tantas cosas importantes, había una que le gustaba especialmente: tomarse una tapa de pulpo en el Preludio de Santa Cruz. Así era Teresa. Podía hablar de metodología, de investigación, de universidad y de ciencia, y después sentarse con nosotros alrededor de una mesa a disfrutar de un pulpo y de una conversación. En sus visitas a nuestra Facultad colaboró con muchos profesores y con muchos de nuestros estudiantes de doctorado. De su presencia no salió solamente mi tesis. Dirigió muchas otras y colaboró en muchas más. Pero, sobre todo, dejó personas. Muchas personas.

Porque quizá esa sea una de las mejores maneras de medir lo que alguien ha hecho por los demás: mirar todo lo que queda después de que esa persona haya pasado por tu vida.

Teresa Anguera y la conciencia investigadora

En uno de mis primeros viajes a Barcelona conocí también a Pedro. Teresa tenía a su lado a otra persona maravillosa. Una persona que la quería, la admiraba y la acompañaba. Y durante todos estos años, Pedro también se convirtió en parte de nuestra historia. Mucho tiempo después volvió a sonar el teléfono de Teresa. Yo estaba en casa. Era un día cualquiera. Y fue entonces cuando me dijo que estaba enferma. Tuve que colgar. Me puse a llorar y no podía hablar. La llamé más tarde y ocurrió algo que solo podía ocurrir con Teresa. La enferma era ella, pero fue ella quien terminó consolándome a mí. Estaba fuerte. Animada. Llena de vida. Unos días después fui a verla. Estuve con ella y con Pedro. Y volví a encontrar a la Teresa de siempre: llena de alegría, de fuerza y de ganas de seguir adelante. La última vez que estuve con ella, rodeada de muchos de sus amigos y amigas, fue en el acto de investidura como Doctora Honoris Causa por la Universidad Pontificia de Salamanca. Estaba feliz. Y nos hacía felices a todos.

Fue uno de esos momentos que uno sabe, incluso mientras los está viviendo, que algún día recordará para siempre. Otro día volvió a sonar el teléfono. Esta vez fue José Luis quien me llamó para decirme que Teresa estaba hospitalizada. Llamé a Pedro por si Teresa no quería o no podía hablar. Pedro le pasó el teléfono y Teresa volvió a hacer lo que había hecho tantas veces durante nuestra vida. Hablamos y aunque esta vez sabía que se estaba yendo me dejó unas palabras que nunca olvidaré. Al colgar, dejé pasar los días de clase y compré un último vuelo a Barcelona para ver a Teresa. No me lo perdonaré nunca. Llegué tarde. Teresa nos había dejado.

Desde entonces he pensado muchas veces en aquel joven que cogió por primera vez un avión para ir a Barcelona. Aquel joven que apenas había leído un artículo científico. Aquel joven que pensaba que ser profesor era dar clase. Aquel joven que defendió su tesis creyendo que había terminado, sin saber que en realidad estaba empezando. Si miro hacia atrás, me doy cuenta de que Teresa no fue solamente la directora de mi tesis. Fue mucho más. Fue quien me enseñó a mí y a muchos otros de nuestro centro a investigar. Quien nos enseñó a hacernos preguntas. Quien nos enseñó a mirar de otra manera. Quien confió cuando todavía no sabíamos si podíamos hacerlo. Quien abrió puertas que ni siquiera sabíamos que existían. Quien me presentó a personas que terminaron siendo imprescindibles en mi vida. Quien estuvo en los momentos importantes. Y quien, durante tantos años, siguió estando. Por eso, cuando pienso en Teresa, no pienso solamente en sus publicaciones, en sus investigaciones, en su enorme aportación a la metodología, en sus discípulos o en su trayectoria académica. Pienso en las personas. En todas las personas que ayudó a crecer. En todos aquellos a los que enseñó a investigar. En todos los que alguna vez salieron de su despacho pensando que podían hacer algo que antes creían imposible. Yo soy uno de ellos. Y quizá por eso, si tuviera que explicar en una sola frase lo que Teresa significó para mí, no hablaría de metodología, ni de investigación, ni siquiera de universidad. Diría simplemente: **Teresa me enseñó todo lo que soy.** Y ahora que ya no puedo decírselo, solo me queda escribirlo.

Gracias, Teresa.

Por aquella primera tutoría.

Por aquel primer avión a Barcelona.

Por aquel análisis secuencial de retardos que yo ni siquiera sabía qué era.

Por la primera publicación.

Por el primer sexenio.

Por todas las conversaciones.

Por todas las preguntas.

Ardá Suárez

Por todos los viajes.

Por los amigos.

Por Pedro.

Por haber confiado en mí.

Por haberme acompañado durante tantos años.

Y por haberme enseñado, sin que yo lo supiera entonces, que una tesis podía ser el principio de una vida dedicada a aprender. Desde aquel día de 1998 en que me acompañaste en la defensa de mi tesis, nunca me separé de ti.

Y, aunque llegué tarde a Barcelona aquella última vez, sé que tampoco voy a separarme de ti.

Porque hay personas que pasan por nuestra vida.

Y hay personas que se quedan para siempre.

Tú, Teresa, te quedaste.